

Traducción al español de *Les antiquités de Rome* de Joachim Du Bellay

JERÓNIMO MARTÍNEZ CUADRADO
Universidad de Murcia

AL REY

No pudiéndoos dar estas obras antiguas
Para vuestro Saint-Germain, o para Fontainebleau,
Os las doy (Señor,) en este pequeño cuadro
Pintado, lo mejor que he podido, en colores poéticos.
Quien puesto bajo vuestro nombre ante los ojos públicos,
Si os dignáis verlo en su día más hermoso,
Bien podrá presumir de fuera de la tumba
Haber sacado de los viejos romanos las reliquias polvorientas.
Puedan los dioses un día daros tanta dicha,
Al reconstruir en Francia tal grandeza
Como yo quisiera pintarla en vuestro lenguaje:
Y quizás entonces vuestra gran Majestad
Pensando de nuevo en mis versos diría que han sido
De vuestra monarquía venturoso presagio.

I

Divinos espíritus, cuya polvorienta ceniza,
Yace bajo la carga de tantos muros cubiertos,
No es vuestra alabanza, que vive por vuestros bellos versos
La que se verá bajo la tierra bajar,

Si de los humanos la voz se puede esparcir
Desde aquí hasta el fondo de los infiernos,
Sean a mi grito los abismos abiertos,
Tanto como desde abajo me podáis oír.
Tres veces cerniendo bajo el velo de los cielos
De vuestras tumbas la vuelta devota,
En alta voz tres veces os llamo:
Invoco aquí vuestro antiguo furor,
Entre tanto que con santo horror
Voy cantando vuestra gloria más bella.

II

El babilonio sus altos muros alabará,
Y sus jardines aéreos, de su efesia
La gracia describirá la fábrica antigua,
Y el pueblo del Nilo sus puntas cantará.
La misma Grecia incluso orgullosa publicará
De su gran Júpiter la imagen olímpica,
El Mausoleo será la gloria caria,
Y su viejo laberinto Creta no olvidará.
El antiguo rodio elevará la gloria
De su famoso Coloso, en el templo de Memoria:
Y si alguna obra digna aun se puede alabar
De figurar en este rango, alguna mayor facundia
Lo dirá: en cuanto a mi para todos quiero cantar
Las siete Colinas Romanas, siete milagros del mundo.

III

Recién llegado que buscas a Roma en Roma,
Y nada de Roma en Roma percibes,
Estos viejos palacios, estos viejos arcos que ves,
Y estos viejos muros, es lo que Roma se llama.
Mira qué orgullo, qué mina: y cómo
La que puso al mundo bajo sus leyes
Para domeñar¹⁰ todo, se domeñó algunas veces,
Y se convirtió en presa del tiempo, que todo lo consume.

Roma de Roma es el único monumento,
Y Roma a Roma ha vencido solamente,
El Tíber solo que hacia el mar huye,
Queda de Roma. ¡Oh mundana inconstancia!
Lo que está firme, es por el tiempo destruido,
Y lo que huye, al tiempo ofrece resistencia.

IV

Aquella que con su cabeza las estrellas sobrepasaba,
Y con un pie sobre Tetis, el otro debajo de la Aurora,
Con una mano sobre el escita, y la otra sobre el moro,
De la tierra y del cielo la redondez acompasaba.
Teniendo Júpiter miedo, si ella más creciera,
Que el orgullo de los Gigantes se alzase de nuevo,
La aplastó bajo estos montes, estos siete montes que son ahora
Tumbas de la grandeza que al cielo amenazaba.
Le puso sobre la cabeza la cima saturnal,
Luego encima del estómago asentó el Quirinal
Sobre el vientre plantó el antiguo Palatino:
Puso sobre la mano diestra la altura celiana
Sobre la siniestra sentó el espinazo esquilino,
Viminal sobre un pie, sobre otro el Aventino.

V

Quien quiera ver todo lo que han podido la naturaleza,
El arte, y el cielo (Roma), venga a verte:
Intento, si es posible, tu grandeza concebir
Por lo que no es sino tu muerta pintura.
Roma ya no existe, y si la arquitectura
Alguna sombra aún de Roma hace entrever,
Es como un cuerpo por mágico saber
Sacado de noche fuera de su sepultura.
El cuerpo de Roma en ceniza rueda cuesta abajo,
Y su espíritu ha ido a reunirse
Con el gran espíritu de esta masa redonda.
Pero sus escritos, que su gloria más hermosa

A pesar del tiempo arrancan de la tumba,
Hacen a su ídolo errar entre el mundo.

VI

Tal como en su carro la Berecintia
Coronada de torres, y alegre de haber
Criado a tantos dioses, tal se dejaba ver
En sus días más felices esta ciudad antigua.
Esta ciudad, que fue más que la frigia
Copiosa en hijos, y de quien el poder
Fue el poder del mundo, y no se puede volver a ver
Semejante a su grandeza, grandeza como la suya.
Roma sola podía a Roma parecerse,
Roma sola podía a Roma hacer temblar:
Así no había permitido el destino fatal
Que otro poder humano, por audaz que fuese,
Se gloriase de igualar a la que hizo igual
Su poderío a la tierra, y su ánimo a los cielos.

VII

Sagradas colinas, y vosotras santas ruinas,
Que el único nombre de Roma retenéis,
Viejos monumentos, que todavía sostenéis
El honor polvoriento de tantas almas divinas,
Arcos triunfales, puntas del cielo vecinas
Que al **veros** al cielo mismo asombráis,
¡Ay poco a poco en ceniza os convertís,
Fábulas del pueblo, y públicas rapiñas!
Y aunque al tiempo por un tiempo hagan guerra
Los edificios, si es que el tiempo
Obras y nombres finalmente demba.
Tristes deseos, vivid pues contentos:
Pues si el tiempo acaba con cosa tan dura,
Acabará con la pena que soporto.

VIII

Con armas y barcos Roma dominó el mundo,
Y podíase juzgar que una sola ciudad,
Tenía de su grandeza el término limitado
Por la misma redondez de la tierra, y de la ola.
Y tanta fue la virtud de este pueblo fecunda
En virtuosos descendientes, que su posteridad,
Sobrepasando a sus antepasados en valiente autoridad
Midió el alto cielo a la tierra profunda:
A fin de que habiendo depositado todo el poder bajo su mano,
Nada pueda ser límite al imperio romano:
Y que si bien el tiempo destruye las repúblicas,
El tiempo no pusiera tan bajo la altura romana,
Que la cabeza desenterrada de los antiguos cimientos
Que tomaron nombre de él, fuese descubierto mentiroso.

IX

Astros crueles, y vosotros dioses inhumanos,
Cielo envidioso, y madrastra Naturaleza,
Ya que por orden, o ya que a la aventura
Veis el curso de los asuntos humanos.
¿Por qué antaño han trabajado vuestras manos
En modelar este mundo que tanto dura?
¿O no fue de materia tan dura
La valiente frente de estos palacios romanos?
Yo no digo ya la sentencia común,
Que toda cosa debajo de la Luna
Es corruptible y sujeta a muerte:
Pero sí que digo (sin querer desagradar
A quien se esfuerza en enseñar lo contrario)
Que este gran Todo debe alguna vez perecer.

X

Más que en los bordes eteos el bravo hijo de Esón
Que por encantamiento conquistó la rica lana,

De los dientes de una vieja serpiente sembrando la llanura,
No engendró soldados en el campo del vellocino.
Esta Ciudad que fue en su joven estación
Una Hidra de guerreros, se vio valientemente llena
De valientes niños, cuya gloria altiva
Llenó del Sol una y otra casa.
Mas quienes finalmente, no encontrándose en el mundo
Hércules que dominase simiente tan fecunda,
De un horrible furor el uno contra el otro armados,
Se segaron todos por una súbita tempestad,
Renovando entre ellos la fraternal rabia.
Que cogó antaño a los orgullosos soldados sembrados.

XI

Marte vergonzoso de haber dado tanta suerte
A su descendencia, que la impotencia humana
Enorgullecida en la audacia romana
Parecía hollar la grandeza celeste,
Enfriando este primer ardor
Del que el romano tenía el alma tan llena,
Sopló su fuego, y con ardiente aliento
Vino a calentar la gótica frialdad.
Este pueblo pues, nuevo hijo de la tierra,
Lanzando por todas partes los rayos de la guerra,
Estos bravos muros aplastó bajo su mano,
Luego se perdió en el seno de su madre,
A fin de que ninguno, aun cuando fuese el padre de los dioses,
Se pudiese vanagloriar del imperio romano.

XII

Tales como se los vio antaño a los hijos de la Tierra
Plantados encima de los montes para escalar los cielos,
Combatir mano a mano la potencia de los dioses,
Y Júpiter contra ellos que sus rayos lanza:
Luego de repente dembados por el trueno
Caer aquí y allí esos escuadrones furiosos,

Gimiendo la Tierra, y el Cielo glorioso
De haber acabado en su honor esta guerra:
Tal todavía se ha visto por encima de los humanos
La frente audaz de las siete colinas romanas
Levantar contra el cielo su orgullosa faz:
Y tales ahora se ven estos campos deshonrados
Lamentar su ruina, y los dioses asegurados
Al no temer allí tanta espantosa audacia.

XIII

Ni el furor de la llama rabiosa,
Ni el tajo del hierro victorioso,
Ni el estrago del soldado furioso,
Que tantas veces (Roma) te ha saqueado,
Ni una y otra vez tu fortuna mudada,
Ni el roer de los siglos envidiosos,
Ni el despecho de los hombres y de los dioses,
Ni contra ti tu potencia ordenada,
Ni la sacudida de los vientos impetuosos
Ni el desbordamiento de este dios tortuoso
Que tantas veces te ha cubierto con su ola,
Han rebajado tu orgullo tanto,
Como la grandeza de la nada, que te han dejado,
Hace aun maravillarse al mundo.

XIV

Como se pasa en verano el torrente sin peligro,
Que solía en invierno ser rey de la llanura,
Y arrebatar por los campos en una huida altiva
La esperanza del labrador, y la esperanza del pastor:
Como se ve a los cobardes animales ultrajar
Al valiente león yacente sobre la arena,
Ensangrentar sus dientes, y con audacia vana
Provocar al enemigo que no puede vengarse:
Y como ante Troya se vio de los griegos aun
Desafiar los menos valerosos en tomo al cuerpo de Héctor:

Así los que antaño solían, con cabeza baja,
Del triunfo romano la gloria acompañar,
Sobre estas polvorientas tumbas ejercen su audacia,
Y osan los vencidos a los vencedores desdeñar.

XV

Pálidos espíritus, y vosotras sombras polvorientas,
Que gozando de la claridad del día
Hicisteis salir esta orgullosa estancia,
Cuyas reliquias cenicientas vemos:
Decid, espíritus (así las tenebrosas
Riberas de Estigia intransitable de regreso,
Enlazándoos con una tres veces triple vuelta,
No encierran vuestras imágenes umbrosas)
Decidme pues (ya que alguna de vosotras
Posiblemente aún se esconde aquí debajo)
¿No sentís aumentar vuestra pena
Cuando a veces desde estas colinas romanas
Contempláis la obra de vuestras manos
No ser ya más que una polvorienta planicie?

XVI

Como se ve de lejos sobre la mar embravecida
Una montaña de agua con un gran bamboleo ondulante,
Luego arrastrando mil olas, con un gran choque chirriante
Reventar contra una roca, donde el viento la lanzó.
Como se ve el furor expulsado por el Aquilón
Con un silbido agudo que forma remolinos en la tormenta,
Luego con ala más amplia en el aire naufragando,
Detener de repente su carrera cansada:
Y como se ve la llama ondulante en cien lugares
Juntarse en uno, agudizarse hacia los cielos,
Luego caer languideciendo: así entre las gentes
Erró la monarquía: y cruzando así
Como una ola, como un viento, como un fuego, su carrera vagabunda
Por decreto fatal se vino a perder aquí.

XVII

En tanto que el pájaro de Júpiter voló,
Llevando el fuego, con el que el cielo nos amenaza,
El cielo no temió la espantosa audacia
Que enloqueció el coraje de los Gigantes.
Mas tan pronto como el Sol quemó
El ala que se acercó demasiado a la tierra baja,
La tierra puso fuera de su pesada masa
El antiguo horror que el derecho violó.
Vióse entonces la corneja germana
Al disfrazarse fingir el águila romana,
Y hacia el cielo elevarse de nuevo.
Estos bravos montes otrora reducidos a polvo
No viendo ya volar sobre su cabeza
A este gran pájaro ministro del rayo.

XVIII

Estos grandes montones de piedras, estos viejos muros que tú ves
Fueron primeramente el cercado de un lugar campestre:
Y estos valientes palacios de los que el tiempo se ha adueñado
Cabañas de pastores fueron algunas veces.
Entonces tomaron los pastores los ornamentos de los reyes,
Y el duro forjador del hierro armó su diestra:
Luego el poder anual el mayor que se haya visto,
Y fue aún mayor el poder de seis meses:
El cual, hecho perpetuo, creció con tal potencia,
Que el águila imperial de él nació:
Pero el Cielo oponiéndose a tal crecimiento
Puso este poder en las manos del sucesor de Pedro,
Que bajo el nombre de pastor, fatal a esta tierra,
Muestra que todo vuelve a su comienzo.

XIX

Todo lo perfecto con lo que el cielo nos honra,
Todo lo imperfecto que nace bajo los cielos,

Todo lo que pace a nuestros espíritus y a nuestros ojos,
Y todo lo que nuestros placeres devora:
Toda la desdicha que nuestra edad desdora,
Toda la dicha de los siglos más viejos,
Roma en el tiempo de sus primeros antepasados
Lo tenía encerrado, cual si fuese **Pandora**.
Pero el destino desembrollando este Caos,
En que todo el bien y todo el mal fueron encerrados,
Ha hecho después que las virtudes divinas
Volando al cielo han dejado los pecados,
Que hasta **aquí** se han mantenido escondidos
Bajo los montones de estas viejas ruinas.

XX

No de otro modo que se ve la lluviosa nube
De los vapores de la tierra en el aire alzarse,
Luego curvándose en arco, a fin de abreviarse,
Sumergirse en el seno de la canosa Tetis,
Y subiendo nuevamente desde donde había venido,
Bajo un gran vientre oscuro todo el mundo cobijar,
Ora en lluvia, ora en nieve, ora en granizo menudo:
Esta ciudad que fue la obra de un pastor
Elevándose poco a poco, creció hasta tal altura,
Que reina se vio de la tierra y de la onda:
Tanto que no pudiendo ya tan gran carga sostener,
Su poder disipado se separó por el mundo,
Mostrando que todo en nada debe un día convertirse.

XXI

La que Pirro y el **Marte** de Libia
No supieron domar, esta valiente ciudad
Que con ánimo al mar ejercitado
Sostuvo el choque de la común envidia,
En tanto que su nave por tantas olas arrebatada
Tuvo contra sí a todo el mundo incitado,
No se vio la roca de adversidad

Romper su carrera felizmente seguida:
Pero desfalleciendo el objeto de su virtud,
Su poder se ha abatido por sí mismo,
Como aquél, al que la cruel tempestad
Ha guardado largamente de hacer abordo,
Si un viento demasiado fuerte lo expulsa del puerto,
Sobre el puerto se le ve naufragar.

XXII

Cuando esta valiente permanencia, honor del nombre latino
Que limitó su grandeza de África, y del viento del norte,
De este pueblo que tiene los bordes del Támesis,
Y del que se ve despuntar la mañana,
Animó contra él con coraje rebelde
A sus propios hijos, conquistado su despojo,
Que había adquirido durante tantos años por todo el mundo,
Se convirtió súbitamente en el botín del mundo:
Así cuando del gran Todo la huida retornada
En que treinta y seis mil años han bordeado su carrera,
Romperá de los elementos el natural acuerdo,
Las simientes que son madres de todas las cosas,
Volverán aún a su primera discordancia,
En el vientre del Caos eternamente encerradas.

XXIII

¡Oh qué cautamente sabio era aquél,
Que aconsejaba para no dejar enmohecer
A sus ciudadanos en perezoso ocio,
Que personasen a las murallas de Cartago!
Él preveía que el valor romano
Impaciente por el lánguido placer,
Por el reposo se dejaría cautivar
En el furor de la civil rabia.
También se que en un pueblo ocioso,
Como el humor en un cuerpo vicioso,
La ambición fácilmente se engendra.

Lo que acaeció cuando el envidioso orgullo
De no querer ni mayor ni igual
Rompió el acuerdo del suegro y del yerno.

XXIV

Si el ciego furor que causa las batallas,
De los animales iguales no ha encendido los corazones,
Sea los que van corriendo, o sea los emplumados,
Aquellos que van reptando, o los cubiertos de escamas:
¿Qué ardiente Erinia con sus rojas tenazas
Os apretaba los corazones de rabia envenenados,
Cuando tan cruelmente uno sobre otro animados
Vosotros empapabais el hierro en vuestras propias entrañas?
¿Era acaso (romanos) vuestro cruel destino,
O algún viejo pecado que con desacuerdo rebelde
Ejercía contra vosotros su venganza eterna?
No permitiendo de los dioses el justo juicio,
Vuestros muros ensangrentados por la mano fraterna
Poderse asegurar con firme fundamento.

XXV

¿Que no tengo aún el arpa tracia
Para despertar del infierno perezoso
A estos viejos Césares, y las Sombras de los
Que han construido esta ciudad antigua?
¿O que no tengo la anfionea
Para animar con un acorde más feliz
De estos viejos muros las osamentas pétreas
Y restaurar la gloria ausonia?
Podría al menos con un pincel más ágil
Sobre el patrón de algún gran Virgilio
De estos palacios los retratos modelar:
Emprendería, visto el ardor que me ilumina,
El reconstruir al compás de la pluma
Lo que las manos no pueden fabricar.

XXVI

Quien quisiera representar la romana grandeza
En sus dimensiones, no le haría falta buscar
En la línea, en el plomo, en el compás y en la escuadra
Su longitud y anchura, altura y profundidad.
Le haría falta cernir con igual redondez
Todo lo que el Océano con sus largos brazos encierra,
Ya donde el astro anual calienta mas la tierra,
Ya donde el soplo Aquilón su mayor frialdad.
Roma fue todo el mundo, y todo el mundo es Roma,
Y si por los mismos nombres las mismas cosas se nombra,
Con sólo el nombre de Roma se podría pasar,
Nombrándola por el nombre de la tierra y de la onda:
Así el mundo se puede sobre Roma acompasar,
Puesto que el plano de Roma es el mapa del mundo.

XXVII

Tú que de Roma maravillado contemplas
El antiguo orgullo, que amenazaba a los cielos,
Estos viejos palacios, estos montes audaces,
Estos muros, estos arcos, estas termas, y estos templos,
Juzga, al ver estas ruinas tan amplias,
Lo que ha roído el tiempo injurioso,
Puesto que a los obreros más industriosos
Estos viejos fragmentos todavía sirven de ejemplos.
Mira después, como de día en día
Roma rebuscando en su antigua morada
Se reconstruye con tantas obras divinas:
Tu juzgaras, que el demonio romano
Se esfuerza aún con fatal mano
En resucitar estas polvorientas ruinas.

XXVIII

Quien ha visto alguna vez un gran roble seco,
Que por ornamento algún trofeo lleva,

Levantar aún al cielo su vieja cabeza muerta,
Cuyo pie **firmemente** no está en tierra hincado,
Pero que encima del campo más que medio inclinado
Muestra sus brazos completamente desnudos, y su raíz retorcida,
Y sin hoja de sombraje, con su peso se soporta
Sobre un tronco nudoso en cien lugares podado:
Así que al primer viento deba su ruina,
Y muchos jóvenes alrededor tienen firme la raíz,
Por la devoción popular ser el único reverenciado.
Quien tal roble ha podido ver, que imagine todavía
Como entre las ciudades, que más florecen ahora,
Este viejo honor polvoriento es el más honrado.

XXIX

Todo lo que Egipto en punta modeló,
Todo lo que Grecia en el orden corintio,
En el jónico, ático o dórico
Para ornamento de los templos fabricó:
Todo lo que el arte de Lisipo dio,
La mano de Apeles, o la mano de Fidias,
Solía adornar esta Ciudad antigua,
Cuya grandeza al cielo mismo asombró.
Todo lo que Atenas tuvo jamás de sabiduría,
Todo lo que Asia tuvo jamás de riqueza,
Todo lo que África tuvo jamás de nuevo,
Se vio aquí. ¡Oh maravilla profunda!
Roma viva fue el **ornamento** del mundo,
Y muerta es del mundo la tumba.

XXX

Como el campo sembrado en verdor abunda,
De verdor se alza en tallo verde,
De tallo se eriza en espiga floreciente,
De espiga amarillea en grano que el calor sazona:
Y como en la estación el labrador siega
Los ondulantes cabellos del surco rubio,

Los pone en orden en gavillas, y del trigo amarillo
Sobre el campo despojado mil haces modela:
Así poquito a poco creció el imperio romano,
En tanto que fue despojado por la bárbara mano,
Que no dejó de él sino estas marcas antiguas,
Que cada uno va saqueando: como se ve al espigador
Caminando paso a paso recoger las reliquias
De lo que va cayendo tras el segador.

XXXI

De lo que ya no se ve más que una vaga campiña
Donde todo el orgullo del mundo se vio alguna vez
Tú no eres culpable, quienquiera que seas
Que el Tigris y el Nilo, el Ganges y el Eúfrates baña:
Culpables no son África ni España,
Ni este pueblo que tiene las riberas inglesas,
Ni este valiente soldado que bebe el Rin galo,
Ni este otro guerrero, hijo de Alemania.
Tú eres la única causa, oh civil furor,
Que sembrando por los campos el horror
Armaste al propio yerno contra su suegro:
A fin de que habiendo llegado a su más alto grado
La grandeza romana, durante demasiado tiempo próspera,
Se viesse precipitar abajo con más horrible salto.

XXXII

¿Esperáis que la posteridad
Deba, versos míos, por siempre leeros?
¿Esperáis que la obra de una lira
Pueda adquirir tal inmortalidad?
Si bajo el cielo fuese alguna eternidad,
Los monumentos que yo os he hecho decir,
No en papel, sino en mármol y pórfido
Hubiesen guardado su viva antigüedad.
No dejes sin embargo de sonar,
Laúd que Apolo se ha dignado darme:

Pues si el tiempo tu gloria no arrebatá,
Presumir puedes, por bajo que estés,
De haber cantado, el primero de los franceses
El antiguo honor del pueblo de larga toga.

EDICIONES

- Du Bellay, Joachim, *Les Regrets, précédé de les Antiquités de Rome et suivi de la Défense et illustration de la langue française*. Préface de Jacques Borel. Édition établie par S. De Sacy. Le Livre de poche. Paris, 1967.
- Du Bellay, Joachim, *Les Antiquités de Rome; suivi de Les Regrets*. Le Grand livre du mois, Paris, 1997.
- Du Bellay, Joachim, *Les Antiquités de Rome; Les Regrets*. Introduction, chronologie et bibliographie par Françoise Joukovsky. Flammarion, Paris, 1994.
- Du Bellay, Joachim, *Les Regrets: suivi de Les Antiquités de Rome; Le Songe*. Édition présentée et annotée par François Roudaut. Librairie générale française, Paris, 2002.